







Desordenadamente volvemos a encontrarnos con fintas, despejes, fuera de lugar, abucheos, tiros a los postes y a los largueros imaginarios (qué chicas las porterías cuando tú parabas), las salidas, las desviadas, las faltas heroicas (qué abuso de penales, hijo mío), los botines rotos, los marcadores astronómicos, la fiebre, el día anterior a los encuentros...

Ya perdidos, nos reencontramos en nosotros mismos.



Desde hace unos doce años conozco a Michele de Giacomo, gracias a la generosa diligencia de otro poeta amigo mío, Carlo Carlucci, que le dio mi dirección en México. Debo decir que no lo conozco personalmente, sí mediante cartas y frecuentes envíos de poemas suyos. Una vez le pedí que me enviara una fotografía suya, con el propósito de acompañar unos poemas que traduje y publiqué no recuerdo dónde. En esa foto, que perdí y nunca publicó la revista a la que se la confié, el rostro de De Giacomo era el de un hombre que había vivido y padecido todo, muy semejante al de Humphrey Bogart a los cincuenta años de su edad, como aparece en la película *Casablanca* (y le hablé de dicha semejanza, en una carta, pero nunca hizo ningún comentario al respecto). De modo que, desde entonces, cada vez que traduzco un poema de Michele de Giacomo, reaparece ante los ojos de la memoria el semblante de Bogy, tan melancólico y distante como el espíritu poético de este poeta italiano.Δ